

verse en la vetusta muralla todos los indicios de una evasión.

—Lo que el pobre bajá no pudo hacer en vida—dedujo Rouletabille—lo ha hecho después de muerto.

—¡Eso es extraordinario!—concluyó La Candeur—. ¡El esqueleto ha escapado!

CAPITULO VI

EL CAJÓN SECRETO

HEMOS dejado a Ivana Ivanovna en brazos de Gaulow en el momento en que se desmayó creyendo comprender que éste se había burlado de ella y había despojado el cofrecillo bizantino de su precioso contenido. ¡El golpe, en efecto, había sido fuerte!

Sin embargo, a la orilla del abismo a que rodaba inconscientemente, fué despertada por el beso de Gaulow. Los labios del bandido produjeron en los suyos el efecto de una quemadura atroz. Volvió a abrir los ojos; se vió entre las osadas manos de un miserable que iba a abusar de la debilidad para afirmar derechos que la ceremonia del día le había dado; reconoció aquel rostro detestado, aquella cara criminal, aquellos ojos que se habían refocilado con la agonía de sus padres. Y el odio formidable que desde su infancia había dedicado a aquel Gaulow que la tenía en brazos, le devolvió súbitamente las fuerzas necesarias para zafarse.

Tan poco esperaba él la nueva rebeldía, tan sorprendido quedó por el brusco renacer de una presa que ya

creía inerte e incapaz de resistirle, que sólo pudo dejarla resbalar, con estupor, de sus dedos.

Y ahora la miraba frente a él, en pie contra la pared, pálida como un cadáver, pero mostrando las uñas como una furia.

A cualquier otro le hubiera dado miedo, cualquier otro hubiera retrocedido. Pero Gaulow, cuando se repuso un poco de su asombro, se echó a reír y dijo:

—¡Cálmate, cálmate! Y piensa que me perteneces. No puedes escaparme, porque eres mi mujer. Yo seré tu marido. Por lo demás, te advierto que estás graciosa en tus actitudes. Tu dulzura intermitente no me engañaba: despertaba en mí la curiosidad de saber hasta dónde querías llegar. Querías ganar tiempo, ¿verdad? ¿Para qué? ¿Esperabas auxilios? ¡No lo niegues! ¡Lo sé! Mirabas disimuladamente a todas partes para saber de dónde vendría el socorro. Y al ver que no se presentaba, te extrañabas, te impacientabas. Has ido al balcón y has palpado, negligentemente, como quien no lo hace, la cortina. Mira, Ivana... ¡Detrás de esa cortina no hay nadie!

Y Gaulow, con gesto ampuloso, hizo correr la cortina en cuestión. Quedaron al descubierto la celosía y la reja de hierro.

—El socorro, de haber venido, hubiera venido por ese balcón—continuó diciendo—. Sólo puede venir por ahí y por el aire. ¿A quién esperabas? ¡Anda, Ivana, contéstame! ¿A quién esperabas?

—¡A nadie!—replicó ferozmente la furia, arrimada a la pared—. ¡No esperaba a nadie!

—¡Sí!—continuó el otro—. Esperabas a alguien. Quizá era un viajero, un hombre, un joven venido desde muy lejos detrás de ti con la esperanza de arrancarte a las

garras del terrible Gaulow. A lo mejor es un periodista—terminó diciendo con sorna.

Jugaba como un tigre con un ratón y se divertía formidablemente con el efecto producido por sus palabras.

Inútil era que la furia volviera la cara para que él no viese la nueva angustia que se apoderaba de ella al enterarse de que el enemigo estaba tan perfectamente enterado. Gaulow la notaba temblar a la menor de sus frases, que revelaban poco a poco la triste suerte de Rouletabille.

Y prosiguió:

—¡Un periodista! Por cierto de pequeña estatura... ¡Oh, Ivana Ivanovna! Los periodistas se creen con derecho a todo... Habría soñado con apoderarse de la mujer legítima de Kara-Selim, por lo cual no vacilaría en penetrar en el Castillo Negro del bajá negro. Qué valiente, ¿eh?... Lo malo, Ivana mía, lobezna querida, es que ha estado en un tris que no le saliera bien un plan tan bonito...

Tras aquellas palabras, entró en el vano del balcón y lo abrió, rogando a la joven que le siguiera.

—Venga, venga... Quiero enseñarle una cosa... Una cosa interesante, muy bien hecha...

Ivana no se movió, pero no fué dueña de dirigir su mirada. ¿Qué quería decir Gaulow? ¿Qué nueva infamia había preparado? Sería seguramente algún lazo tendido al pobre chico que se había consagrado a ella y que anhela salvarla, a pesar de ella misma...

Así es que miraba, miraba... El, cuando la vió tan atenta, le señaló un lugar determinado. Luego levantó ligeramente la celosía de madera, que cedió bajo su mano...

—¿Ve?—le dijo—. Esto ha sido aserrado. Sin embargo, se aguanta... No puede negarse que la operación ha sido bien hecha... ¡Es una obra de artista, de verdadero

artista!... Realmente, los periodistas de hoy conviene que conozcan todos los oficios... que sirven para abrir puertas... o para derribarlas... Con muy poco esfuerzo, esta celosía cederá para dejar paso a un hombre.

»Pero ¿no es eso todo!... ¡Uno de los barrotes de detrás está casi completamente limado!... Pero de eso no podrá darse usted cuenta... Tendría que acercarse a mí... Ese barrote, nada más que con cinco minutos de trabajo, cedería también. Pero desde el interior de la habitación apenas puede uno darse cuenta... ¡Oh, bien preparada estaba la fuga, mocita!... Y si lo duda, mire la cuerda... Sí: una cuerda que baja hasta la roca y que está atada allá arriba, en la chimenea... ¡Qué sencillez!... Su Rouletabille (se llama así, ¿verdad?) ¿no tiene más que venir!... Se le espera... ¿No abriga usted curiosidad por ver la cuerda?... ¡Animo! Un poco de valor; un poco de buena voluntad...

»La cuerda está arrimada al muro y pasa por la derecha del balcón... ¿Le sorprende que se encuentre ahí esa cuerda tan peligrosa para nuestro amor y mi honor? ¿Le sorprende que se encuentre ahí, a pesar de conocer yo su existencia? Se lo explicaré... Querían quitarla; pero yo he dicho: «¡No, no! Dejadle seguir ese camino... Y cuando él esté arriba, cortadla...» ¿Verdad que será oportuno el corte?... ¡Pobre muchacho! ¡Pobre periodista!...

»Y quizá... ¡pobre enamorado!... Porque ¿quién me dice que no la ama?... Dada la situación de las cosas, bien puede usted confesarme eso... ¡Como usted comprenderá, el pobre no es de temer!... Va a dar un salto de cuarenta metros al torrente, o a aplastarse bonitamente en las rocas... Mire—continuó Gaulow, asomándose y mirando al aire—. ¡Desde aquí se le ve!... Ahora va a coger la cuerda...

Ivana, de un salto, se asomó al balcón y gritó en la noche oscura:

—¡No bajes, Rouletabille!... ¡No bajes!...

Pero Gaulow la empujó hacia la habitación entre grandes carcajadas. Luego cerró el balcón y dijo:

—¡Ay, Ivana!... ¡Cree usted todo lo que le dicen!... El pequeño Rouletabille no bajará por esta cuerda, ni por ninguna cuerda que lleve a un balcón donde le espere Ivana Ivanovna... ¡Ha muerto, señoral!...

Ivana soportó el golpe que, por lo demás, esperaba, porque en la cara de aquel hombre había demasiada alegría infernal para que no tuviera por darle semejante noticia. Y, sin embargo, gritó:

—¡No es verdad!

—¡Señoral!... Ha sido ejecutado, por mandato mío, a primera hora de la noche.

—¡No es verdad! ¡No es verdad!

—¿Por qué me dice que no es verdad?... Tenía ya la prueba de lo que había venido a hacer aquí... ¡Y lo he hecho matar!... Ha muerto como un bravo.

Y creyó conveniente añadir:

—Ha muerto diciendo: «¡Pobre Ivana!»

A la joven le temblaban las piernas, y tuvo que sentarse en el diván.

—¡No, no! Si fuera verdad, me hubiese enterado... Lo hubiese presentado, porque lo quiero... ¡Lo quiero con todas mis fuerzas, Kara Selim!... ¡Lo quiero tanto como lo detesto a usted!...

Eso se le escapó a pesar de ella... Su dolor no le había permitido contener el grito de amor y de rabia... ¡Pobre Rouletabille! Ivana notaba ahora que su enemigo no la engañaba... ¡Con qué tranquilidad y satisfacción decía: «Ha muerto!... ¡Muerto!... ¡Muerto por ella!

—¿Lo quería—gruñó el otro—y ha consentido en ser mi mujer?... ¡Veo que en el mundo, Ivana Ivanovna, hay algo más fuerte que el amor!

La cabeza de Ivana se pegaba a la pared. Ella hubiera querido morir también. Ya que no había conseguido nada de lo que intentaba; ya que Rouletabille había muerto, llamaba a la muerte con toda su alma... Vió que Gaulow se le aproximaba... Y le escupió a la cara las siguientes palabras:

—¡Sí! ¡Hay algo más fuerte que el amor!... ¡El odio!...

—Siempre lo he creído—dijo—. Precisamente por eso me he explicado sus sentimientos respecto a mí... Usted, Ivana Ivanovna, ¡no se ha casado conmigo más que por odio y por deseo de vengarse!... ¡Confíeselo!... ¡Ay! Si usted hubiese tenido un arma, ¿eh?... ¿Qué habría hecho de Gaulow?... ¡Pobre Gaulow!... Matarle, ¿no?... Para eso ha estado siempre dispuesta a dar la vida... ¡Tener la cabeza de Gaulow entre esas manos primorosas!... Para eso se casó, ¿verdad?... Pero yo desconfío de Judith y de los cofrecillos bizantinos...

Ivana levantó la cabeza... ¿Por qué le hablaba repentinamente del cofrecillo bizantino?... ¿Qué quería decir?... ¡No lo comprendí!

Gaulow continuó sarcásticamente:

—¡Oh, los cofrecillos bizantinos, que contienen tantos recuerdos de familia y tan buenas alhajas! ¡Alhajas que hieren! ¡Alhajas que matan! ¡Crucecitas de mi madre, agudas como puñales, para hundirlas hechiceramente en el corazón de Gaulow!... ¡Ay, Ivana Ivanovna! ¡Vaya una noche de bodas la que usted reservaba al señor de la *Karakulé*, con el cofrecillo bizantino!

Ivana abrió los ojos enorme, inmensamente. Una vez más renacía en ella la esperanza de que su próxima

muerte y la de Rouletabille no habían sido inútiles. Si era posible que Gaulow ignorase todavía el verdadero tesoro del cofrecillo bizantino. En ese caso, las palabras pronunciadas por él respecto a las razones que ella pudiera tener para apreciar tanto la arqueta, se referirían únicamente a las armas que hubiera podido encontrar allí dentro para libertarse o para vengarse. Y si las cosas eran así; si ella aún podía aproximarse al cofrecillo, cuyo verdadero valor no sospechaba Gaulow; si podía cerciorarse de la existencia de los documentos, podría hacer llegar la noticia al zar por medio de Atanasio, que seguramente estaría libre, y cuya llegada a la *Karakulé* ni tan sólo habría sospechado Gaulow, ya que no había pronunciado su nombre.

¡Ay! ¡Cuánto lamentaba ahora haberse desmayado en el momento en que Gaulow le proponía traerle el cofrecillo, desprovisto de lo que él creía ser lo más peligroso del contenido!...

Pero ¿qué dice ahora Gaulow?... ¿Qué hace?... Se levanta... Da órdenes... Todavía escarnece. Pero su escarnio resulta muy agradable para el esperanzado corazón de Ivana... Gaulow manda que traigan el cofrecillo... Asegura que no es una mala persona y que no puede privar más tiempo a su joven esposa de tan interesantes recuerdos familiares...

Volviéndose hacia ella, dijo:

—Recibirá ese cofrecillo, querida Ivana, tal y como fué traído de su casa, pero sin la cruz-puñal y los largos alfileres, con los cuales hubiera podido lastimarse... ¡Ahí tiene el dichoso cofrecillo!... ¿No le prometí que se lo devolvería la noche de mi boda?... ¡Pues ya he cumplido mi promesa!... Ahora toca a usted cumplir la suya... Y como ya he colmado sus deseos, le ruego que demuestre

ser la amable esposa de Kara Selim... ¡Ya hemos representado bastante la comedia del gato y el ratón!—terminó diciendo en un tono terriblemente amenazador.

Ivana Ivanovna sólo tenía ojos para el cofrecillo, traído por dos esclavas, que lo dejaron no lejos del balcón... cuya cortina nuevamente había echado Gaulow...

Las esclavas, una vez depositado el objeto sobre la alfombra, se marcharon.

Y he aquí el cofrecillo entre Ivana y Kara Selim.

Ambos le miraban con sentimientos muy diferentes: Kara Selim estaba zumbón; a Ivana Ivanovna le latía tanto el corazón, que parecía próximo a estallar.

Era un cofrecillo de madera, del tamaño de una maleta pequeña, pintado con abigarrados colores, con dibujos a base de clavos dorados y cuero repujado.

Y aquel cofrecillo fué el último pensamiento del general Vilitchkov cuando cayó a los golpes de Gaulow, de Stefo el Dálmata y de sus soldados.

—¿Qué?—preguntó Gaulow—. Es de usted. ¿No está contenta?

—Sí—contestó Ivana con la cabeza.

Y se levantó... Quería darle la vuelta para ver si había sido roto por alguna parte.

Y se dispuso a representar otra farsa: la del niño mimado que olvida todos sus disgustos ante el juguete prometido... Tuvo fuerzas para musitar:

—¡Qué viejo es! ¡Cuánto tiempo hace que pertenece a la familia! Es un viejo amigo.

Parecía haberlo olvidado todo al ver el cofrecillo. Se añanaba. ¿Acaso las niñas no tienen esos caprichos? Gaulow picaría.

Por fin, se decidió a abrir el cofrecillo. Ya alargaba la mano hacia la cerradura...

—¿Y la llave? ¿Quién tiene la llave?—preguntó el otro—. ¿Quién va a pedir graciosamente la llave al terrible Gaulow?

Al mismo tiempo enseñaba, colgada de la punta de un dedo, la llavecita del cofrecillo, que era también una obra maestra de orfebrería. Ivana la reconoció...

—Fué una suerte—explicó Kara Selim—que aquella noche olvidaran la llavecita en la cerradura... De no haber estado allí, quizá no se me hubiese ocurrido llevarme esta caja molesta... ¡Pero el cofrecillo estaba abierto y me ofrecía sus tesoros!... Los cogí para devolverlos... Ahora son de usted, Ivana. ¡Aquí está la llave!

La joven se dirigió hacia él y alargó la mano hacia la llave; pero él apartó los dedos... Le divertía mucho aquello de jugar con una joven a la que prometía una llave, la hacía avanzar y se la retiraba. Con ello consiguió que la joven volviera a sus brazos.

—¿Un beso? ¿Un beso a cambio de la llave? Pero ojo con morder, ¿eh?

Aquella vez soportó el beso sin desmayarse. No convenía quedarse sin fuerzas... Y las tuvo Ivana... Tantas tuvo que ni siquiera se rebeló. Y Kara-Selim pudo llegar a creer por un momento que aquel beso le daba gusto a ella, por cuanto no mostraba impaciencia.

—¡Las hijas del Balkán son extrañas, muy extrañas!... Algunas, tan ásperas como esta Ivana, fueron amansadas al primer beso del amo.

Pero en cuanto tuvo la llave se soltó cortésmente, sin brutalidad alguna, casi con coquetería; y como tenía las antes pálidas mejillas un poco rosadas, a causa del beso, Kara-Selim la encontró aún más bonita, y se lo dijo.

Ella, como tenía la llave, quería utilizarla, y el otro, riendo, la dejó hacer.

Deslizó la llave en la cerradura... Encontró alguna dificultad... Se arrodilló, pues, ante el cofrecillo... ¡Oh, si ella pudiese registrarlo por debajo! ¿Le habrá quitado la base?... Pero la arqueta estaba puesta sobre la alfombra, y era tan pesada, tan pesada, que ni siquiera podía moverla...

—¿Quiere que la ayude?—preguntó el otro.

—¡No, no, gracias! La abriré yo sola... Estoy acostumbrada...

¡Hola! Ya la llave giraba, giraba sin cesar. El cofrecillo, pues, estaría ya abierto. Ivana se puso en pie para levantar con ambas manos la tapa. Gaulow, frente a ella, la miraba, sonriendo como un esposo cortés que ha llevado un regalo a su mujercita y que se considera pagado gozando de su sorpresa.

Levantó, pues, la tapa; la levantó, y de pronto se tambaleó... La volvió a cerrar.

—¿Qué le ocurre?—preguntó el otro levantándose.

—¡Nada, nada!—balbuceó—. Un poco de debilidad... Pero ya ha pasado.

Y se pasó la mano por la frente para enjugar el sudor frío que la perlaba.

—¿Esa es toda la curiosidad que usted tenía?

—¡Va en seguida, en seguida! ¡Déjeme respirar!

Y se alejó del cofrecillo. El se le acercó; pero ella gimió, tendiéndole los brazos:

—¡Todo me da vueltas!

Gaulow acudió, contento, según le parecía, de que implorara su asistencia.

La sostuvo...

¡Qué complaciente está ahora Ivana! ¡Si no se la reconocel... Poco antes le alejaba; ahora parecía que le reclamase...

—¡Gracias, gracias!—dijo por fin Ivana—. ¡Ya ha pasado!

La llevó poco a poco al diván. Hizo que se sentara y sentóse cerca de ella. La trataba como un objeto frágil... Y ella dejaba hacer... Gaulow, por brutal que fuera, sintióse conquistado por aquella dulzura que no esperaba... Estaba emocionado.

Y le expresó su gratitud estrechándole las manos. Ella respondió a aquella presión: retuvo sus manos.

¡Oh, la desconcertante hija del Balkán!

Gaulow le dijo:

—Me complace verla más puesta en razón, Ivana. Su debilidad proviene del furor que la agitaba poco antes...

¡No conviene volver a empezar!

Le ofreció antiespasmódicos. Quiso hacerle beber el agua tonificante de cierta botellita... Pero ella le retenía. Y él sentíase nuevamente emocionado por aquella manifestación de amistad.

Sabroso es amar a las lobeznas que se defienden bien, aunque sólo sea por lo agradable que resulta derrotarlas.

Ivana, en efecto, parecía completamente vencida.

Y él le hablaba en voz muy baja, cerca de sus labios, como un verdadero y gentil enamorado que da buenos consejos.

—No hay que volver a ese furor que la atormenta y que la mataría. ¡Acepte, Ivana, la suerte que le ha cabido! ¡Le juro que nadie podrá tenerle lástima! Acéptela en seguida, porque, al fin y al cabo, no puede esperar nada de nadie. Yo la quiero... ¡Déjeme que la quiera!... Será feliz, será la dueña de la *Karakulé*.

Le prometió que no viviría más que para satisfacer sus menores deseos.

Todas las riquezas, toda la fortuna de la *Karakulé* y de su amo, todo era de ella. ¡La cubriría de joyas más bellas que las que hubiera podido tener *kadina* alguna!

Las nuevas joyas que había puesto en el cofrecillo no eran nada en comparación de lo que le reservaba...

—¿Ve—le preguntó—cómo no soy tan terrible? Si le he quitado algunas alhajas de familia, ha sido porque las juzgaba peligrosas; pero las he substituído por otras. ¿Las ha visto, Ivana?

—Sí, sí—contestó Ivana con la cabeza.

Las había visto...

Pero el otro protestó. ¡Si no había tenido tiempo de verlas!... Apenas abrió el cofrecillo. Además, lo volvió a cerrar en seguida... Para eso no valía la pena de pedir tanto el cofrecillo... Y Gaulow quiso levantarse nuevamente para enseñarle las alhajas de la noche de bodas, que, como sorpresa, colocó en el cofrecillo. Pero otra vez le retuvo Ivana.

—¡Quédese junto a mí!—se atrevió a decir, en voz tan baja que apenas podía oírsele.

Pero Gaulow entendió que ella sólo pedía ser cogida en sus brazos; que, cansada al fin de una lucha desigual e inútil, se le abandonaba... Porque él era bello y lo sabía. Había conocido ¡por Alah! bastantes victorias para no tener que asombrarse demasiado de aquélla.

—¡Ivana!

—¡Kara-Selim!—suspiró la joven, desatando ligeramente el lazo que se estrechaba a su alrededor—. Soy su mujer, Kara-Selim, y le obedeceré; pero si verdaderamente me quiere, ¡téngame un poco de lástima!... Le juro que no le resistiré más; puede hacer conmigo, desde ahora, cuanto le venga en gana... Se me han acabado las fuerzas... Estoy cansada... Me entrego... Pero déjeme algunos

minutos. ¡Déjeme algunos minutos sola! Le pido una cosa que no tiene nada de particular.

—¿No será una añagaza?—replicó él, volviendo de pronto a su desconfianza.

—¡No! Le conviene... Cuando vuelva, dentro de unos minutos, se encontrará con una mujer dócil que le estará esperando.

Kara-Selim, luego de mirarla, se levantó lentamente.

—Le concedo varios minutos—dijo mordiendo los labios, porque preveía alguna nueva maquinación para escapar—; pero le advierto, Ivana, que serán los últimos, ¡y que si me engaña se tendrá que arrepentir!

Abandonó la habitación sin tan siquiera volverse, convencido de que iba a tenderle un lazo, pero prometiéndose atisbar desde fuera lo que pasara una vez saliese él. Para ello era a propósito un rincón que había arreglado en tiempo de la ex princesa *kadina*, con objeto de escuchar lo que ella decía cuando él estaba ausente, y también, cuando estuvo celoso, para ver lo que ella hiciera. Desde aquel rincón, al cual podía llegarse por una pequeña terraza que daba al jardín, se oía y se veía muy bien.

Ivana llegó hasta la puerta, que Gaulow había cerrado tras él. Notó los pasos que se alejaban y las órdenes que daba a los eunucos de servicio. Inmediatamente corrió al cofrecillo, levantó la tapa... y salió de allí Rouletabille, revolver en mano.

Si; era Rouletabille, disfrazado de hurí, agitando los velos blancos y el *yelmak* de una *kadina*, que había robado Alah sabía dónde.

—¡Uf!—exclamó—. ¡Ya empezaba a anquilosarme en esta caja!

Ella, temblando de felicidad, le hacía señas de que ca-

llara. Estaba asustada de su astucia y de su audacia.

—¿Por qué lo has entretenido?—preguntó el repórter, que por primera vez tuteaba a Ivana, pero que no tenía tiempo para dedicarlo a fórmulas de cortesía—. En cuanto has sabido que yo estaba en la caja, has debido traerlo cerca de mí. Así le hubiera arreglado las cuentas... ¡y nos hubiéramos librado de él!

Decía aquello quitándose metódicamente el disfraz, que le estorbaba. Ivana le miraba hacer abstraída, admirando su sangre fría, e incapaz de ayudarle.

—¡No he querido, no!—repuso—. ¡No he querido acercártelo! Es más fuerte que tú y hubiera llamado a los esclavos. ¡Siempre lleva un silbato colgado de un collar! ¡Ay, Rouletabille! ¡Con vida!...

—Te había dicho que yo estaba muerto, ¿eh?... ¡Qué animal! ¿Cree que a Rouletabille se le mata así como así?

Y diciendo aquello se asomó al balcón, sacó su lima y acabó su tarea con el barrote, que ya estaba muy adelantada.

—Si nos deja diez minutos, ¡estamos salvados!—dijo—. ¡Tira la cortina sobre mí! Si viene demasiado pronto, estaré escondido hasta que me parezca oportuno el momento para saltar sobre él.

Corrió Ivana la cortina. Y él continuó hablándole en voz baja desde detrás del cofrecillo. Ella no hacía más que escucharle, mirar el cofrecillo y pasarse las manos por la cara, con un gesto de loca. ¿Cómo no había gritado de alegría al abrir el cofrecillo ante Kara-Selim y ver a Rouletabille?

Pero él, trabajando detrás de la cortina, le decía:

—Anda, remueve cosas y cámbialas de sitio mientras yo acabo de limar este barrote... Procura que no se me oiga desde el vestíbulo... Te advierto que procuraré ser

breve... Acerca el cofrecillo... Así, de no tener tiempo para abrir el cajón secreto, nos lo llevaremos.

Aquellas palabras hicieron presente a Ivana la realidad de la situación.

Corrió al cofrecillo. Y, como ya estaba libre del peso de Rouletabille, pudo moverlo y arrastrarlo junto a la cortina.

—¡Sí! ¡Sí! Nos lo llevaremos—repetía.

¡Con qué apresuramiento lo vació de todo lo que contenía! Ahora estaba avergonzada de sí misma por el tiempo que había empleado en recobrarle. En cambio, el otro, el de detrás de la cortina, pensaba en todo... ¡Ay, Rouletabille!

Las manos de Ivana llegaron al fondo del cofrecillo. Estaba intacto. Lo levantó; consiguió, no sin esfuerzo, tenerlo sobre uno de los lados. Y apareció la base, ¡también intacta!

—¡Miral!—susurró—. ¡Aquí está la *Softa de la catarata*!

—Luego la miraré. Cada cosa a su tiempo. Oye... La puerta de tu habitación, ¿no se puede cerrar por dentro?

—No—respondió la joven—. ¡Ya lo he mirado, ya!... Pero he pensado en todo. ¡Date prisa! ¡El cofrecillo está intacto!...

—Sí; no han roto nada... ¡Buena señal!

—¡Oh, eso no prueba nada!—dijo ella, nuevamente febril—. ¡Han tenido tiempo de averiguar el secreto del cajón!

—¿Y tú? ¿Lo ignoras?

—Sí. Lo ignoro, ¡lo ignoro! ¡Qué rabia!

—Cálmate. Siendo nuestro el cofrecillo, nada debemos temer. (Suponían, como se ve, que nada debían temer.) Tendremos tiempo de llevarle hasta el torreón... ¡Anda! ¡Remueve cosas! Tose. Haz ruido... Es que voy

a quitar el barrote, ¿sabes?... Casi ya no se aguanta..

Lo que no se puede decir ni describir y, por tanto hay que imaginar, es el movimiento de esta escena, su rapidez, los gestos insólitos que se producen, la actitud acinerosa de Rouletabille detrás de la cortina, y las actitudes de la joven que en la habitación daba con ira vueltas y más vueltas a la caja fatal que aún no quería entregar su secreto.

Las manos de Ivana se deslizaban a lo largo de las paredes del cofrecillo; los dedos corrían por las junturas, buscando un punto de apoyo que cediese, un resorte oculto. Unas veces acariciaba la arqueta, otras la arañaba...

Finalmente la sacudió. Y entonces oyó en el interior del cajón secreto que cambiaban de sitio unas cosas. ¿Serían los documentos? ¿Quién podría decirlo antes de haberlos visto? ¿Acaso Gaulow, para burlarse completamente de ella, habría substituído los planos de movilización por unos papeles cualesquiera?

La caja es fuerte, como si fuera de hierro. ¡No podría Ivana romperla sin despertar a todo el harén!

Y he aquí que, levantando la cortina, apareció Rouletabille para decir, mirando la hora en el enorme reloj, que nunca abandonaba:

—¡Ya está! ¿No ha dicho el bueno de Kara-Selim que tienes diez minutos? Pues si no se precipita mucho, aún nos quedan cinco... Deja el cofrecillo. Tenemos tiempo de llevárnoslo. Lo bajaremos hasta la cornisa. Una vez lleguemos a las rocas nos dirigiremos al ángulo de la torre del Sudoeste, donde no podrán alcanzarnos, a no ser que hayan descubierto el camino por donde he venido. ¡Hombre! ¡Aquí está la famosa Sofía!...

Acababa de verla por primera vez. Se puso de rodillas

y la miró atentamente de muy cerca, como si fuera extremadamente miope.

—El dibujo y el color—dijo—son muy débiles. Apostaría cualquier cosa a que no se han dado cuenta de nada...

—¡Aprisa, por Dios!... Puede volver. ¡No tenemos que perder ni un minuto!

—Nos quedan cinco... ¡Oh, si yo pudiese encontrar el secreto del cajón! No tendríamos necesidad de llevarnos este cofrecillo que tanto nos estorbará.

Y se puso a tantear, a manipular, a registrar la arqueta maldita. Pero acabó por un gesto que le era habitual cuando no encontraba lo que buscaba: ¡mesarse los cabellos!

—Seguramente—dijo—esa mancha del ojo de Sofía no habrá sido puesto a humo de pajas.

Y apoyaba el pulgar en el estropeado ojo de Sofía, intentando mover la velada pupila. Pero, ¡ay!, nada cedía a su dedo...

Tras él, Ivana, descompuesta, gemía.

—¡Vámonos! ¡Vámonos! ¡Parece que le oigo!

—¡Qué has de oír! Yo no oigo nada. Ten un poquito de paciencia. Espera... Me parece que veo algo más abajo de la mancha. Sí... ¿No lo ves? Se distingue el puntito dorado de la pupila... ¡Es chocante! Creo que en toda tu Sofía no hay más puntito dorado que ése.

Y oprimió especialmente aquel puntito dorado. Pero nada se movió.

Levantóse enjugándose la frente. No había encontrado nada, pero se esforzaba por ocultar su contrariedad.

—¡Dichoso cofrecillo! —exclamó, levantándolo por una de las anillas de cobre—. ¡Qué ratito he pasado aquí dentro! Por un momento creí que todo había terminado,

y que ese respetado señor había renunciado a llevarme a tu habitación. ¡Tendré motivos para acordarme siempre de mi noche bizantina!

El incorregible joven charlaba por los codos, mientras ella le ayudaba a llevar la caja, castañeteándole los dientes a causa del miedo de que, súbitamente, se abriera la puerta.

Por fin llegaron con la asendereada arqueta junto a los barrotes, que ya no podían impedirles el paso.

—Espera un poco a que coja la cuerda—dijo él.

Y se inclinó hacia afuera, consiguiendo bastante fácilmente hacerse con la cuerda, que continuaba atada a la chimenea, y que Kara-Selim había impedido que quitaran para tener el malvado placer de enseñar a Ivana «el camino por donde hubiera podido escaparse, de no haber muerto Ivana».

La noche era muy oscura. Resoplaba el viento, moviendo la cuerda. Abajo, se oía el mugir del torrente.

Rouletabille atrajo a Ivana hacia sí.

—Primero, tú—dijo—. Te voy a atar. En cuanto notes las rocas bajo tus pies, desata la cuerda. En seguida, bajaré el cofrecillo. Luego, me descolgaré yo.

Ivana movió negativamente la cabeza.

—¡No! ¡No! ¡Primero el cofrecillo! Y luego bajaremos los dos juntos. Así, juntos nos salvaremos o juntos moriremos.

—¿No tendrás miedo?

—No.

Sobran, pues, las vacilaciones.

La conocía bien. ¡No abandonaría el cofrecillo!

En un santiamén ató Rouletabille la cuerda al cofrecillo y lo empujaron o, mejor dicho, intentaron empujarlo fuera del balcón.

—¡Qué fatalidad! ¡La arqueta no cabía por allí!

La separación entre los barrotes que continuaban intactos no era bastante ancha. Hubiera sido preciso serrar dos barrotes. ¡Y no quedaba tiempo!

Ivana dejó escapar un gemido de desesperación, y Rouletabille, que nunca soltaba tacos, blasfemó.

—¿Eso es lo que conseguimos luego de tantos, de tantísimos esfuerzos?

—No pasa—exclamó Rouletabille, muy pálido—. Hemos hecho, Ivana, todo lo posible para lograr esos documentos. Pero ahora hay que partir.

Quiso llevársela; pero ella se desasíó y le dijo con un ronco sollozo:

—¡Jamás! ¡Es preciso enterarse! ¡Es preciso!

—¡Qué locura!—replicó el periodista abalanzándose de nuevo sobre el cofrecillo y sacudiéndolo con mayor rabia que la demostrada antes por ella—. ¿No ves que no han descubierto el secreto? Además, esa pintura, debilitada tanto, se parece a una Sofía como a cualquier otra cosa... Puedes estar tranquila, completamente tranquila. Los documentos aún se hallan ahí... Y como nadie lo recela, se puede obrar como si estuvieran en nuestro poder, como si los hubiéramos visto.

—¡No conoces a ese monstruo! Es capaz de haber substituido los documentos por papeles insignificantes. ¡Hay que saber si se ha burlado de mí!... ¡Hay que saberlo!

Y se retorció las manos.

—Por saberlo, Rouletabille, me he aventurado tanto; he estado a punto de perderte y quizás muramos. Por lo tanto, no debemos irnos sin saberlo... ¡Sería una cobardía!

—Pero ¿no ves que es un suicidio? ¡Va a llegar ése!..

Ivana se fué junto a la puerta.

—Si entra, ¡me arrojo sobre él y le matas! Pero busca, ¡busca! Siempre que te has propuesto encontrar algo, lo has encontrado.

Hablaba en tono de súplica.

—Nos va a costar caro—contestó él muy fríamente. Pero cedió. Y quedóse con los brazos cruzados ante el terrible cofrecillo, que le presentaba la curiosa e impasible imagen de la Sofía con la catarata. Luego, añadió: —Si oyes pasos, avísame para ponerme a tu lado. Pero, mientras, no digas ni una palabra.

Y se dedicó a pensar, a reflexionar profundamente acerca de la enigmática imagen. La interrogó con su agudo mirar por todas partes, aunque había un punto—el dorado en el centro del ojo—que atraía y retenía su atención.

De pronto, se irguió exclamando:

—¡Ahl Muy bien...

—¿Has encontrado algo?—preguntó su amada desde la puerta.

—¡Creo que sí!...

—Y ¿qué buscas?...

—¡Un alfiler!

—¿Para qué?

—¡Para operarle la catarata a Sofía!

E Ivana lanzó una sorda exclamación porque no dudaba de que era aquello... También ella había visto el puntito en el centro del ojo, aunque, a decir verdad, no había deducido nada ni adivinado una cosa tan sencilla... ¿Sencilla? Siempre parece sencillo lo ya descubierto... Pero, de todas maneras, era sencilla la relación de ideas entre la catarata y la operación que la cura. Y para percibir una cosa así, no había nadie como Rouletabille.

¡Un alfiler! ¡Sólo hacía falta un alfiler, fuese como fuese! ¡Sólo hacía falta eso tan fácil de encontrar en una habitación de mujer!...

—¿Tienes ya el alfiler?—le preguntó él.

—¡No! No llevo. Y aquí no hay... Ese monstruo ha ordenado que quitasen de aquí y del cofrecillo todo lo que pinchase... ¿Comprendes? ¡Temía que yo me defendiese! Sí; mandó separar las joyas peligrosas...

—Pero ¿no llevas encima ni un pequeño alfiler?—preguntó febrilmente Rouletabille, mientras buscaba por los muebles.

Pero allí no había muebles más que para sentarse o para acostarse. ¡Ni estanterías, ni cómodas, ni armarios en los cuales se pudiese encontrar un alfiler!... ¡Nada, nada!...

Y pasaba el tiempo. Ivana dejó su puesto.

Buscaban ambos, pasaban las manos por los muebles, giraban como locos por la estancia. ¡Cuánto hubieran dado por un alfiler! Para ellos, en aquel momento, un alfiler era algo inestimable. ¡El desenlace de la futura guerra de los Balkanes dependía de un alfiler!...

No encontrándolo en los muebles, lo buscaron en ellos, en su ropa. Ya que no un alfiler, les hubiese bastado algo con que atravesar el ojo de la *Sofía de la catarata*. De pronto, Rouletabille sentóse en el suelo y se desgarró el zapato.

Luego arrancó el cordón.

Y armado con la punta de cobre que tenía el cordón, se precipitó hacia el cofrecillo.

¡Lundió la punta en el ojo de Sofía!

Al momento oyó un ligero crujido. Pero nada se manifestó exteriormente.

Ivana que había esperado con ansiedad el resultado

de la operación, se clavaba desesperadamente las uñas en las mejillas.

Rouletabille la obligó rudamente a que estuviera quieta.

—¡No hagas eso! La cosa marcha. ¿No ves cómo la mancha del ojo ha dado una vuelta sobre sí misma? Sí: la cosa marcha. Pero espera un poco. ¡Ayúdame!...

Tras aquellas indicaciones, Ivana le ayudó a levantar el cofrecillo y a colocarlo sobre dos sillas, de manera que quedó en el aire como estaba en la cámara de las reliquias, sobre los brazos del sillón a la Dagobert.

Entonces, Rouletabille se arrodilló, pasó su mano por debajo, tanteó con la punta del cordón hasta que encontró el centro del ojo y apretó súbitamente...

En seguida se oyó el ruidito de un resorte y se produjo el ansiado movimiento, saliendo fuera la mitad del cajón secreto, cuyos bordes estaban tan excelentemente disimulados bajo los adornos, la pintura y el dibujo de los clavos, que era imposible distinguirlos cuando el cajón no estaba abierto.

Y, ahora que estaba abierto, parecía un cajón la mar de sencillo y sin misterio, un cajón como todos los demás... Pero ¡ya estaba abierto!

¡Y todos los documentos se hallaban allí!

¡Eran, sí, los recios sobres con los grandes sellos de lacre del Estado Mayor, tan bien conocidos por Ivana!... ¡No habían sido tocados! ¡Los documentos estaban tan intactos como el día en que los dejaron allí!

¡Al verlos, no pudieron reprimir un grito de loca alegría y de triunfo!

Y se precipitaron sobre los preciosos papeles, que llenaban el cajón...

Pero ¡en aquel momento sonaron golpes en la puerta!

No cabían dudas. ¡Era Kara-Selim que volvía!

Rouletabille, con pronta decisión, cerró el cajón, que desapareció con los documentos en el secreto del cofrecillo, produciendo un ruidito seco. Luego, sacando el revólver, saltó al rincón de la pared sobre la cual iba a abrirse la puerta, de manera que le ocultaría.

Ivana comprendió. Y decidida a echarse al cuello de Kara-Selim en cuanto éste entrara, avanzó también hacia la puerta.

Los golpes redoblaron con mayor fuerza.

Y por fin la puerta se abrió suavemente.

No era Kara-Selim.

Era la *ken-khich-kadina*, la maestra de ceremonias de la cámara nupcial, que, probablemente, tendría que pasar en vela la noche de bodas. Y se presentaba muy temblorosa.

—¡Perdone, señor!—murmuró—. ¿Ha llamado?

Estaba en el umbral, inclinada y temerosa, sin atreverse a entrar. Y miraba con extrañeza a Ivana, cuya figura macilenta, cuyos vestidos en desorden, cuya actitud extraordinaria e incomprensible era natural que le pasmasen. De pronto, exclamó:

—¿Dónde está Kara-Selim? ¡Kara-Selim ha llamado!
¿Dónde está Kara-Selim!

Y dió hacia el interior de la habitación un paso prudente, aunque amenazador para Ivana.

—¿Qué ha hecho de Kara-Selim?

—Ha salido de la habitación—contestó con calma Ivana, que procuraba contestar con tono natural a aquella mujer que tanto sospechaba. Hace unos diez minutos que se halla fuera. Le estoy esperando.

La kadina había entrado en la estancia, pero sin abandonar la puerta, para asegurarse la retirada.

—¡Miente! —exclamó—. ¿A qué viene ese desorden?... ¡Lo ha asesinado!

Y comenzó a dar gritos.

Entonces surgió Rouletabille con ánimo de abalanzarse sobre ella, que salió rápidamente al vestíbulo, dando un portazo. Y, una vez fuera, continuaron oyéndose sus clamores insensatos, que despertarían a todo el harén. Luego, casi en seguida, se produjo un alboroto con las carreras y gritos de la servidumbre.

Rouletabille había cogido a Ivana y se la llevaba como una pluma. Se trataba de llegar al balcón antes de que entraran los esclavos y los eunucos.

Y llegaron en menos de un segundo.

—¡Cógete bien de mi cuello!—le gritó.

Ya se agarraba de la cuerda, a horcajadas en el balcón, cuando entró en la estancia una multitud delirante.

Entonces alargó hacia aquella chusma el brazo que empuñaba el revólver, y disparó.

Se tambalearon varios cuerpos entre aullidos y palabrotas.

Y Rouletabille, llevando a Ivana, bajó con la rapidez de una flecha a lo largo de la cuerda y se sumió en las tinieblas de la opaca noche. Abajo mugían las aguas del torrente...

Arriba continuaba la algarabía. Varios disparos atravesaron la obscuridad. Y las balas se achataron cerca de los fugitivos, pero en las murallas o en la roca.

Ivana continuaba abrazada a Rouletabille.

De pronto el repórter lanzó un grito horrible: ¡la cuerda cedía, ya no les aguantaba!

¿Por qué? Porque acababan de cortarla por arriba...

Pero, afortunadamente, sus pies tocaron casi inmediatamente en las rocas sobre las cuales se levantaba la

Karakulé, y que por aquella parte formaban una especie de cornisa, salida sobre las aguas del torrente, la cual pensaba utilizar Rouletabille para llegar sin molestia hasta el ángulo de la torre del Sudoeste.

Ninguno de los dos estaba herido.

Pero mientras no llegasen a aquel ángulo, continuaban expuestos a los tiros de revólver y de fusil que desde el balcón les disparasen, al azar, por fortuna.

Por fin salieron de la zona peligrosa. Y antes de que las almenas se poblasen de soldados, a los que seguramente azuzarían contra ellos, tenían tiempo de alcanzar el ventano por donde Rouletabille había salido del calabozo subterráneo, el ventano por donde *había escapado el esqueleto*, el misterioso esqueleto que tan curiosamente le había enseñado el camino.